

Yendo pues mas adentro con la gente,
Por mas asegurarse deste miedo,
Con el Francisco dieron de repente;
Fernando de Alcocer y un Escovedo
Arremeten á él incontinente,
Y el Francisco Martin estuvo quedo,
Haciendo con las manos altas luego
Señas de paz y muestras de sosiego.

Holgóse la cristiana compañía
De vello tan pacífico y tan quieto,
Reconociendo que de paz venia
Y ser muy principal en el aspecto:
Tractáronle segun que convenia,
Y tuviéronle todos buen respeto,
Con el cual se vinieron allegando
Al vado que los otros van pasando.

Y él de su voluntad lo mismo quiso,
Sin ser de los soldados compellido;
Mas aquel que lo vió de improviso
A gran admiracion era movido:
Al Estéban Martin dieron aviso
Del indio que de paz era venido,
Para que como lengua declarase
Lo que dél conociese y alcanzase.

El cual, después de habelle preguntado
Quien es ó de qué parte se divierte,
En nuestro castellano bien cortado
Dió luego la respuesta desta suerte:
«Soy Francisco Martin el desdichado,
Cursado bien en tragos de la muerte,
La cual no me daría ya molestia
Viéndome donde dejó de ser bestia.

«Inmensas gracias doy á aquella fuente
De donde mana toda cosa buena,
Pues vino sobre mí con el torrente
De su clemencia con merced tan llena,
Que salgo del desorden desta gente,
De cuanto pude ser virtud ajena,
Pues puedo decir dellos en su mengua
Ser bestias que se entienden por la lengua.

«No porque en el hablar sean perfectos,
Porque torpezas son y devaneos:
Solamente declaran sus conceptos,
Cual es su no querer ó sus deseos,
Y aquesto no por términos discretos,
Sino por confusivos rodeos,
Pues que para decir dulces ó amargas
Tardarán en hablar dos horas largas.

«Sin orden, sin concierto, sin templanza,
Porque ninguno dellos esta sigue,
No tienen ley, ni fuero, ni ordenanza,
Ni cosa que á vivir bien los obligue:
Cada uno se toma su venganza,
Si puede, sin juez que lo castigue:
¿Qué sentiría yo pues de mí mismo,
Entre tan mal compuesto barbarismo?»

Finalmente les dió razon y cuenta
De lo que les habia sucedido
En aquella famélica tormenta
Do los demás habian perecido;
Y escuchando la gente descontenta
Razones que lastiman el oído,
Cada cual procuró que se le diese
Ropa con que sus carnes encubriese.

Cual le daba camisa, cual sombrero,
Cual el cosete viejo que vestia,
Cual calzado de hilo, cual de cuero,
Cual de las alhauelas que traia;
Finalmente que cada compañero
Daba de la pobreza que tenia,
Y no tan solamente de vestido,
Pero de lo demás fué proveido.

«Mas antes de dejar arco y aljaba,
Y aquel ligero traje de floresta,
Fué do la gente de indios esperaba
A dallas de lo visto la respuesta:
Dijo no ser la gente que pensaba,
Sino buena, leal, grata y honesta,
Y de cuyos respetos y templanza
Tenia toda buena confianza.

Y que no la tuviesen ellos menos,
Porque también á estos conocia
De virtud y modestia todos llenos,
Y no como los otros que él decia;
Que los fuesen á ver, pues eran buenos,
Hidalga y apacible compañía;
Y para los vencer con su consejo
Mostróles ciertas cuentas y un espejo.

Ellos sin repugnancia ni debate
Cumplieron del Francisco los intentos;
Los nuestros, para que de paz se trate,
Hicieronle muy buenos tratamientos,
Dándole menudencias de rescate
Con que quedaron ledos y contentos;
Para sus casas luego se aperceben
Donde de buena gana los reciben.

En los cuales asientos y estalaje
Fueron algunos dias detenidos,
Y para lo restante del viaje
Mas que medianamente proveidos.
Allí mudó Francisco Martin traje,
Y usó de nuestras ropas y vestidos,
Y supo su mujer, y suegra, y suegro
Su buen yerno no ser indio ni negro.

Ni deseaban yerno por vecino
Que supiese jamás andar vestido;
Mas cuando se partió y el tiempo vino
Que su deseo viesse ya cumplido,
Sirviendo quiso ir por el camino
La hija del Babur á su marido;
La cual india salió tan comedida,
Que le sirvió muy bien toda su vida.

De su peregrinar siguen el resto,
No sin grande deseo de sosiego;
Y como fué jornada desde puesto
Que no les pudo dar camino ciego,
En Maracaibo se pusieron presto,
Y á la ciudad de Coro fueron luego,
Do quedó Santillana por justicia,
De quien dimos atrás larga noticia.

Contra quien en faltaban indignados,
Como suele tener cualquier que manda,
Mayormente si los desvergonzados
La mano del juez no sienten blanda;
Tenia Coro pues amancebados,
Y estos la noble gente de su banda,
Y el dicho Santillana como bueno
Procuraba ponelles algun freno.

Para vengarse del rigor amargo
Hallaron estos el lugar abierto,
Y fué decir que ya no tiene cargo,
Pues el que se lo dió quedaba muerto;
El dicho Santillana, sin embargo,
Procedia por orden y concierto;
Mas aunque por mil vias se repara,
En efecto quitaronle la vara.

Pusieronle también duras prisiones,
Puesto que pareceres hubo varios,
Y las grandes reyveltas y pasiones
Enhilaron negocios no sumarios:
Hicieron contra él informaciones
Al beneplácito de sus contrarios;
Hubo testigos tales y tan duros
Que les averiguaron ser perjuros.

A los cuales después, dias siguientes,
Siguió por tales vias y maneras,
Que hizo desterrar y quitar dientes,
Y algunos condenar para galeras;
Sin vales amigos ni parientes:
Por tomar los negocios tan de veras,
Que quiso después ir por su presencia
Contra ellos á la real audiencia.

De do como tuviesen ya noticia
De todas las pasiones sucedidas,
Vino con cargo de real justicia
Y obispo, don Rodrigo de Bastidas;
El cual, reconociendo la malicia,
Y las cosas sin orden proveidas,
Como venia con intencion sana
Mandó luego soltar al Santillana.

Procuró mitigar enemistades,
Como varon muy bien intencionado;
Plantó su catedral con dignidades,
Y planta y erección de buen prelado,
Haciendo las demás solemnidades
Anejas á tan inclito cuidado;
Y puestos frenos á la gente suelta
Para Santo Domingo dió la vuelta.

Quedó por provisor don Joan Robledo,
Chantre y después dean de Venezuela,
Que yo comuniqué con verso ledo
Y prosa desde el Cabo de la Vela;
De otra dignidad decir no puedo
Sino del padre Fructos, de Tudela,
En aquella provincia bien antiguo
Y que también yo tuve por amigo.

Y porque los de Coro por entero
Tuviesen de justicia cumplimiento,
Dejóles por juez un caballero
Con quien tuvieron gran contentamiento:
Este es Alonso Vazquez, tesorero,
Hombre de muy cabal entendimiento,
Cuyos gobiernos y judicatura
Fueron de gran valor y gran cordura.

Bien pudiera tocar mi baja lira
Otros muchos negocios sucedidos;
Mas por algun espacio se retira
A la reformation de sus sentidos,
Hasta que Fedrimán y George Espira
A la gobernacion sean venidos;
Y pues he de tocar cosas de espanto,
Quiero templar sus cuerdas entre tanto.

ELEGIA II.

A la muerte de George Espira, cuarto gobernador
de las provincias de Venezuela.

CANTO PRIMERO.

Después del sacrosanto nacimiento
Y aquella felicísima venida,
El sol, segun su propio movimiento,
Había dado por igual medida
Treinta y seis vueltas con quince y ciento
Al circulo que llaman de la vida,
Pues de sus movimientos se deriva
Al mundo la virtud generativa.

Cuando con vuelo mas que presuroso,
La fama, como ya tiene de maña,
Hizo luego patente lo dudoso,
Estendiendo por tierras de Alemania
El remate de Ambrosio trabajoso;
Y los señores de la gran compañía
Nombraron por estar mas á la mira
Por su gobernador á George Espira.

Pues aunque Fedrimán fué pretendiente,
Y con razon el cargo se le deba,
No se halló parece ser presente
En aquel tiempo que llegó la nueva;
El cual de capitán muy excelente
Había dado ya bastante prueba:
Formó sus quejas á la compañía
Del gran agravio que se le hacia.

Aquella gente noble le confiesa
El ser justificadas sus razones,
En secreto haciéndole promesa
Enviarle bastantes provisiones;
Y pues aquello de presente cesa
A causa de perder las ocasiones,
Volviése con el otro caballero
Como coadyutor y compañero.

Embárcose con esta confianza
En la flota que vino George Espira,
Espira sin recelo de mudanza,
A lo que Nicolao mas aspira;
Por términos urbanos y crianza
Cada cual se respecta, tracta y mira,
Y á Coro, donde van encaminados,
Llegaron con gran copia de soldados.

Hombres de mucha suerte, de los cuales
Musior de Radou era gran hombre,
Y el alferez que fué Martin Gonzalez,
En los hechos hidalgo y en el nombre;
Los dos Velascos, hombres principales,
Y dignos de tener este renombre,
Franciscos ambos, tío y el sobrino,
Que en Cubagua después fué mi vecino.

Del número también desta reseña
Fué Cardenas, insigne caballero,
Sancho Briceño, Alonso de la Pena,
Después en la Española tesorero,
George de Almada, Pedro de Nurueña,
Y Lope de Montalvo, muy entero
En paz y en belicosa coyuntura
Y varon de grandísima cordura.

Y con los que saltaron en el puerto
Fué parte no menor de la cuadrilla
Un Peña, que llamábamos el Tuerto,
De gran valor para cualquier rencilla;
Fué Murga, Santa Cruz y fué Roberto,
Y destes misijos fué Joan de Bonilla;
Joan de Villegas, hábil escribano;
Diego de Montes, diestro cirujano.

Y célebre varon en medicina,
Que de yerbas halló grandes secretos,
Con cuya propiedad á la continua
Obraba salutariferos efectos,
Y también en guerrera disciplina
Fueron maravillosos sus conceptos:
Vinieron otros muchos, que no cuento,
Soldados de grandísimo momento.

Poco tiempo después de la venida,
Estos gobernadores diligentes
Se concertaron para la salida
A descubrir por partes diferentes;
Entrellos fué la gente repartida,
Pero los baquianos conocientes
Del dicho Fedrimán él se los lleva,
Y al Espira siguió la gente nueva.

De los viejos llevó como sesenta,
Y al Estéban Martin por su gran tino,
Y por saber que de cualquier afrenta
Lo podia sacar en el camino;
Llevó, por ser persona de gran cuenta,
A Martin de Artiaga, vizecaino,
Y á otro capitán, Joan de la Puente,
Lengua de caquetos escelente.

De gente que llamábamos isleña,
Por nombres no sabré decir el resto;
Mas era principal en la reseña,
Y en hechos valerosos el mas presto,
El capitán Gutierrez de la Peña,
Que fué mariscal mucho después desto,
De cuya discrecion y fuerte Marte
He hecho relacion en otra parte.

Para regir el campo peregrino
El mas viejo Velasco fué teniente,
Alferez ansimismo su sobrino,
Capitán de jinetes desta gente
Fué Lope de Montalvo, varon dino
De muy mas alto cargo y eminente,
Y de los otros hombres principales
Nombraron los restantes oficiales.

Espira pues, con el aviamiento
Que para su viaje le convino,
Su derrota llevó por barlovento
De Coro, y Fedrimán hizo camino
Al dicho Maracaibo, con intento
De no dejar el término marino
Hasta ver y saber si le llegaba
Despacho del gobierno que esperaba.

Salió pues George Espira mas pujante
Con quinientos soldados chapetones;
Doscientos dellos envió delante,
Que van por las serranas poblaciones
Con tres caudillos, cada cual bastante
Para regir mayores escuadrones:
Estos iban con orden y decreto
Que saliesen á Barraquicimeto.

Do también iba él por otra vía
A subyectar el bárbaro vecino,
Y el Estéban Martín era la guía
Como cursado bien en el camino;
El cual al campo todo precedía
Para mejor valerse de su tino,
Y así con el favor y aviso suyo
Brevemente llegaron al Tucuyo.

Donde, por ser provincia bastecida,
Hizo pausa con estas compañías,
Ansi por proveerse de comida,
Como para llevar algunas guías;
E ya la gente bien apercebida
De bastimento para ciertos días,
Pasó por Cazanan, y hizo muestra
Ir el camino de la mano diestra.

Atravesó por villas y lugares,
Y del Aragua río vió la fuente;
Entró por la provincia de Ticares,
Pobre, feroz y helicosa gente,
Y cuyos adherentes y ajuares
El arco y flechas eran solamete;
Sirve de cama la madera dura,
Sin paja, hoja ni otra cobertura.

Entrellos se castigan los escesos,
Sin reservar casado ni soltero,
Cuando son atrevidos y traviesos;
No tienen oro, plata ni dinero,
Mas por riquezas tienen ciertos huesos
Como joyas colgados del garguero:
Son en todas costumbres diferentes
De todas las demás cercanas gentes.

Y a muchas gentes que les son estrañas
Aquestos suelen ser cruel azote;
Y así los nuestros, vistas estas mañas
Y no hallar allí próspero dote,
Rompieron por las ásperas montañas
Hasta venir a dar a Cocorote,
Que tiene campos de mayor distancia,
Y de buenas comidas abundancia.

Allí ballaron gente caquetía,
Hombres de mas primor y mejor traza;
Y el George Espira quiso cierto día
Por estos campos rasos ir a caza,
Con seis ó siete de su compañía,
Soldados de valor y hombres de plaza:
Redon, Villegas y Joan de Bonilla,
Velasco y otros tres de su cuadrilla.

Caminando la vuelta del ocaso,
Acia las faldas de unas serrezuelas,
Llevando, como suelen en tal caso,
Los ojos mas que vivas centinelas,
Vieron tres indios chipas en un raso,
Armados con sus dardos y rodelas;
Y para los tomar y subyectarlos
Hieron de las espuelas los caballos.

Los indios, aunque vieron el intento
Y de los caballeros el denuevo,
No por eso hicieron mudamiento,
Mas antes cada cual estuvo quedo;
Sin que se recelase rompimiento,
Ni se manifestase claro miedo,
Llegan, y cada uno de los siete
Para tomallos vivos arremete.

Los tres con furiosa destemplanza,
Viéndose de los siete rodeados,
El caballo rebaten y la lanza
Con golpes de macana, tan pesados,
Que fueron los de la mayor pujanza
En el acometer mas atentados,
Porque al caballo de menor resguardo
Pasaron las entrañas con un dardo.

En la continuacion del duro juego,
Que en daño de los nuestros se convierte,
A otros tres caballos hieren luego,
Y la menor herida fué de muerte;
Enciende la pasión bélico fuego,
Donde las llamas fueron de tal suerte,
Que de los españoles referidos
Quedaron de los siete seis heridos.

Viendo cómo mostraba la canalla
Los brazos fuertes y los pies livianos,
Bajóse del caballo do se halla
Cualquiera de los ya dichos cristianos,
Y para conclusion de la batalla
Arremeten con lanzas en las manos;
Mas vista la feroz arremetida,
Dos indios se pusieron en huida.

Volaba cada cual, que no corría,
Después de granjear honra notoria,
Y al uno parecióle cobardía
Huir sin ver el fin de la victoria;
Y así con todos siete combatía,
Con un esfuerzo digno de memoria:
Admiraban los golpes y destreza
Y aquella nunca vista lijereza.

Francisco de Velasco, con despecho
De ver encantamento semejante,
A él encaminó salto derecho,
Y el bárbaro salió tan adelante,
Que juntaron los dos pecho con pecho;
Mas acuden los otros al instante,
Y fué de tantas manos detenido,
Que se vió preso, pero no rendido.

No quiere George Espira que ya muera,
Ni consiente que sea maltractado;
Mas en prision fué puesto y en collera,
Y a diez indios ladinos entregado,
Los cuales lo llevaban de manera
Que no pudo huir por mal recado;
Caminan pues con él por campos llanos
Al campo donde estaban los cristianos.

El chipa caminando va sin pena
Con estos naborías ó vasallos;
Pero viéndose lejos del arena
Donde quedaban los de los caballos,
Asió del un ramal de la cadena
Y comenzó con él de santiguillos;
A uno santiguaba las cervieces
Y a otro derribaba las narices.

Lastima brazos y quebranta codos,
Llevando lo peor quien mas se adarga;
Al fin él esgrimió por tales modos,
Y era la fuerza tal con que descarga,
Que del chipa cruel huyeron todos,
Y tuvieron por bien de dalle larga;
Y a los gritos que daban desde un cerro
Acuden españoles con un perro.

Era perro de gran conocimiento
Y bien instruido para tales lances;
Y como lo vió ir en el momento
Siguió del fuerte chipa los alcances:
El indio reparó, ya sin aliento,
O sin temor quiza de tales trances,
Y como vió venir aquel alano,
Para se defender probó la mano.

Mas el perro feroz encarnizado,
Sin recelar los golpes de cadenas,
Saltó con el mancebo desdichado,
Cebándose en la sangre de sus venas;
Y de sus carnes, ya despedazado,
Las voraces entrañas fueron llenas,
Y así se concluyó la valentía
De que dió claras muestras aquel día.

Después que por allí se pertracharon
De los cotidianos menesteres,
Acia Catimayagua caminaron
Para circuncidalle los poderes;
Y así de un pueblo solo le sacaron
Mas de seiscientos hombres y mujeres;
Prosiguieron adelante, y en efeto
Allegaron a Barraquicimeto.

Donde los que venían por la sierra
Habían hecho ya lances sangrientos,
Porque todos los indios de la tierra
No daban necesarios ahimentos;
Antes los persiguió gente de guerra,
Conociendo no ser mas de doscientos,
Y acertó de llegar el George Espira
En el rigor de la guerrera ira.

No fué poco sangrienta chirinola,
Pues salieron heridos mas de ciento,
De los cuales fué Diego de Urriola,
Y un Alonso Martín, que era sarjento,
Urrea, Juan de Oñate, Casasola,
Cárdenas y otros muchos que no cuento;
La tierra se corrió que era contigua,
Hasta venir a dar a Hacarigua.

De grandes y estendidas poblaciones
Y llenas de naciones diferentes,
Cuibas, caquetios, y coyones,
Giraharas ferozes y valientes,
Alli los españoles chapetones
Cayeron muy enfermos y dolientes,
Y fué tanta la gente que caía,
Que les cumplió hacer enfermería.

Quedó Murga, persona señalada
Con la guarda que Jorge les aplica,
De todas armas bien aderezadas;
Dejóse también médico y botica;
Prosigue mas adentro su jornada,
A fin de descubrir tierra mas rica;
Caminan hasta tanto que pasaron
El río del Estribo que llamanon.

Descubren campos anchos y hermosos,
Con daño de las gentes mas vecinas;
Atravesaron rios caudalosos,
Guanaganari, Tapia y a Barinas;
Los indios giraharas, belicosos,
Salieron a las gentes peregrinas
En campo llano y en zavañas rasas,
En guarda y en defensa de sus casas.

Contrarios con contrarios se juntaron;
Suena de duros golpes el ruido;
Los indios de tal suerte pelearon,
Y este recuento fué tan bien renido,
Que a cuatro de caballo derribaron,
Y entrellos a Montalvo mal herido;
Pero los nuestros son superiores,
Y quedaron del pueblo por señores.

Ya los matices del florido cuerno
Y pomíferas plantas del verano
Habian dado lines al gobierno
Del sustento que dan al ser humano;
Y nimbos procelosos del invierno
Venian eslendiendo ya la mano,
Pues de crecientes fuera de sus senos
Los campos comarcanos iban llenos.

De tal manera, que les fué forzoso
Suspender sus peregrinaciones,
Buscar lugares para su reposo
Y recoger algunas provisiones,
Hasta pasar el tiempo pluvioso
Y las tempestuosas confusiones;
Y parecióles, por mejor valerse,
En dos partes distantes recogerse.

Alli con grande parte de la gente
Se detuvo, por ser hombre bastante,
Francisco de Velasco, su teniente,
Y el Espira pasó mas adelante;
El cual balló recado conveniente,
Seis leguas del Velasco mas distante,
Y aunque Velasco pudo bien hacello,
En dos meses, ó mas, no quiso vello.

Antes dicen decir estas razones
A Castrillo, Mendoza y a Castuera,
Pancorvo y Alcozer y otros varones:
« Si veinte como vos ó mas tuviera,
En menosprecio destes horrachones
Yo sé, señores, bien lo que hiciera,
Pues es bajeza, poquedad y mengua
Mandarnos gente de contraria lengua.»

Estas murmuraciones ó consejas,
Ya fuesen con verdad, ya con mentira,
Algunos susurrones y vulpejas,
Ardientes nutrimentos de la ira,
Debieron de llevar a las orejas
Del alemán valiente, George Espira;
Y por informacion que hizo dello
Al alguacil mayor mandó prendello.

Por no ser tales las informaciones
Que las culpas hiciesen evidentes,
Y por quitar algunos trompezones
Cerca del parecer de muchas gentes,
Mandó que lo llevasen en prisiones
Al pueblo do dejaron los dolientes:
Estos estaban ya diminuidos,
Por ser la mayor parte fallecidos.

El Murga, capitán, era ya muerto,
Y de la dicha gente la restante,
Viendo no tener fuerzas ni concierto
Para poder pasar mas adelante,
Volver desean al marino puerto,
Y nombran capitán, hombre bastante:
Este fué Martín Sanchez, un soldado
Antiguo, y en la tierra muy cursado.

Aqueste Martín Sanchez, que ya digo,
Rigió la poca gente con tal peso,
Que el mas duro rigor del enemigo
Ninguno de los suyos hizo lesos.
Con todos los demás llevó consigo
Al Velasco también en son de preso,
Y en Coro lo entregó con esta gente
A quien allí quedaba por teniente.

Espira su viaje proseguía,
Que ya no halla pluvia que lo pare;
Y el verano llegado hizo vía
Entrel río de Apurí y de Sarare,
Adonde halló gente caquetia,
Y bastimento con que se repare:
Es aquesta nacion muy estendida
Y en infinitas partes dividida.

De fuerzas lleva ya gran menoscabo,
A causa de cubrir terrenas cuevas
Muchos de quien trabajos dieron cabo,
Por ser en las entradas gentes nuevas.
Por Caroni pasaron y Carabo,
Río que nace ya de los Tunuevas,
Y el nombre se le dió de Alonso Diaz,
Porque su agua dió fin a sus dias.

Hallaron sal y ropa mantellina,
Y alguna joya de oro mal labrada,
Por ser esta provincia que confina
Con este nuevo reino de Granada:
Es aquesta nacion toda benigna,
Y en las culturas bien ejercitada.
Proceden mas a su descubrimiento
Hacia do tiene Panto nacimiento.

Y el Estéban Martín tomó por guía
Un guayqueri que dijo ser esperto
En los secretos desta serranía,
Afirmándole ser testigo cierto;
Y consta ser la tierra que decía
El reino que tenemos descubierto,
Pues dijo conocer a Sogamoso,
En aquellas sazones poderoso.

Oida la noticia que el villano
Daba de la riqueza de la tierra,
Al George Espira tienen por insano
Y el Estéban Martín dice que yerra
En ir perseverando por lo llano
Sin calar los secretos de la sierra;
Mas á cualquiera que se lo decía
Con impaciencia grande respondia:

Juzgando lo mejor por desatino,
Y la sabia razon por indiscreta;
Y así, para seguir aquel camino,
A parecer ninguno se subyeta,
Por ser muy diferente su desino,
Vencido de la gran fama de Meta,
Que fué general hecho que seguian
Los que por aquel tiempo descubrian.

Dejados pues los mas ciertos apriscos,
En daño del ganado que regia,
Huyó de caminar por altos riscos,
Y en la demanda fué del río Hia,
Do perecieron tres maestros Franciscos,
Y todos ellos juntos en un día,
En unas mismas aguas y corrientes,
Aunque en oficios eran diferentes.

Prosiguen el camino por Opia,
Sufriendo de fortuna mil reveses,
Y la tardanza fué con demasia
Por aquellas riberas y conveses;
Pues por la gran creciente que traía
En pasallo tardaron ocho meses.
Y al fin efectuado su pasaje,
A la parte del sur hacen viaje.

Iban por aquel rumbo via reta,
Pasando rios que les daban vado;
Con hambre que los mas fuertes subyeta
Atravesaron grande despoblado,
Hasta venir á dar al rio Meta,
Que no la pudo dar á su cuidado:
Vive la gente dél con desengaño,
Pues nada de su cuerpo cubre paño.

Desde las plantas á los altos cuellos
Sus partes se verán desabahadas,
Ellos hasta la cinta los cabellos,
Y las mujeres todas tresquiladas;
Tanto que juzgareis ellas ser ellos,
A no ver las señales apropiadas
Donde naturaleza diferencia
El existente ser del apariencia.

Prosiguieron la senda mas batida,
Con la solicitud acostumbrada,
Hallaron pueblo lleno de comida,
Donde tuvieron noche descansada:
La gente toda dél era huída,
Y en parte diferente congregada;
Veláronse, segun comun costumbre,
Por evitar alguna pesadumbre.

Antes que Venus con dorada frente
Fuese del claro dia mensajera,
El Espira, con parte de la gente
De caballo, siguió cierta carrera
Para buscar el morador ausente
Y ver la poblacion desta frontera,
En el pueblo dejando los restantes
Con el reguardo que tenían antes.

Y el santo resplandor de la mañana
Por cumbres y por llanos estendido,
La gente que quedaba castellana
Oyeron de cornetas gran ruido;
Y luego descubrió por la zavana
Golpe de gente bien apercebido
De varias armas, intencion nociva,
Sin ver á George Espira por dó iba.

En la composicion de su ordenanza,
Pavés y dardos llevan los primeros,
Y los de mas atrás aguda lanza;
Tras estos muchedumbre de flecheros,
Y hondas, de que tienen gran usanza,
Cuyos tiros no son menos certeros:
Los que velaban de los peregrinos
Dan arma sin que dejen los caminos.

E un Francisco Sanchez, buen soldado,
Tuvo tan gran esfuerzo y osadia,
Que sin dejar el puesto señalado
Ni huir el estruendo que venia,
De gente que llegó por aquel lado
El impetu terrible resistia,
Igualando los golpes de su diestra
A la temeridad que en esto muestra.

Tal era de sus brazos el gobierno
Y fuerza de que lo dotó natura,
Que el mas duro pavés hallaba tierno,
Blanda la lanza de madera dura;
Y á costa de la gente de aquel cuerno
Tincta se ve de sangre la verdura:
A unos las entrañas va rompiendo,
A otros da temor con el estruendo.

Como quien con pesada podadera
Va rozando de plantas varias tramas,
Para hacer allí su sementera,
A todas partes derribando ramas,
Y hacen mella ya por la ladera
Los carrascos, quejigos y retamas,
Por ser aquellos árboles enhiestos
De sus nativos troncos descompuestos:

No menos en la furia se mostraba
En esta parte donde combatía,
Pues en el escuadron se señalaba
Aquella grande mella que hacia:
Brazos, piernas, cabezas derribaba
De quien con mas furor acometía,
Sin que los muchos que le daban guerra
Le hiciesen perder paso de tierra.

Acuden españoles al ruido,
A fin de sustentar tan bravos hechos;
Mas tanto tiro, grita y alarido,
Les hacian los pasos ser estrechos;
Y ansi, sin ser con tiempo socorrido,
Le dieron con un dardo por los pechos,
Con cuya crudelissima herida
Perdió luego las fuerzas y la vida.

A fin de refrenar infladas venas,
Pusiéronse los nuestros por delante;
Mas fué como mojar las velas llenas
Del barco por que corra mas adelante,
O como minutísimas arenas
Opuestas á gran viento de levante;
Sin dar lugar á la cristiana lanza
El indiano concierto y ordenanza.

Regíanlos catorce capitanes,
Como gigantes todos y animosos,
A su modo soberbios de galanes,
Aunque los ornamentos son plumosos,
Y segun los meneos y ademanes,
De ensangrentar las manos cudiciosos:
Ondean por los hombros de salvajes
Grandes diversidades de plumajes.

El mas principal dellos les decia:
« Adelante los míos, que notoria,
Segun el buen principio deste dia,
Tenemos desta gente la victoria;
Demás de que también de parte mia
No terná menoscabo vuestra gloria,
Pues si el ejemplo del mayor aplice,
Aquí vereis mi diestra lo que hace.»

Apenas les habló desta manera,
Cuando vestido de furor insano,
A todos les tomó la delantera,
Con tres ó cuatro dardos en la mano;
Clavó del primer golpe la mollera
Al desdichado mozo Joan Serrano:
Fué la punta del tiro tan profunda,
Que no fué menester llaga segunda.

Trabóse mas del uno y otro bando
El bélico furor triste y horrendo;
El indio fiero tierra va ganando,
El español feroz la va perdiendo;
Innumerables hondas disparando
Con sus crujidos hacen tal estruendo,
Que de sobresaltados los caballos
Mal pueden los jinetes concertarlos.

Por el poco lugar que se le daba,
Arma del español anda suspensa;
Y el dardo, piedra, flecha, que llegaba,
Era por todas partes tan inmensa,
Que ya ninguno dellos procuraba
Sino tan solamente su defensa,
Yéndose retrayendo de la muerte
Del campo llano para lo mas fuerte.

Oyó luego la grita George Espira,
Y en este punto, sin que mas atienda,
Para librar los suyos desta ira,
Volvió con los demás á media rienda:
Vido cómo su gente se retira,
Llevando lo peor en la contienda;
Las espaldas tomó del enemigo
Haciendo crudelissimo castigo.

De treinta de caballo son heridos,
Que derramando sangre van sin duelo;
Los indios viendo ser acometidos
Por adonde vivian sin recelo,
Reviuelven á los gritos y gemidos
De los que ya quedaban por el suelo,
Y viendo los mortíferos conciertos,
Quedaron de pasmados como muertos.

Como lugar de golpes y alborotos
De muchos oficiales comarecanos,
Do labra cada cual segun su voto
El palo, el hierro, los dorados granos,
Y por un repentino terremoto
Soltaron instrumentos de las manos,
Martillo, mazo, y el formon agudo,
Y queda luego todo como mudo:

Esta suerte también fué la caída
Del cacique feroz y sus vasallos,
Oyendo de repente la venida
Y el tropel que traian los caballos;
Y aquellos que llevaban de vencida
Embistieron también por ayudallos,
De tal manera, que por cada parte
Venció contrarios el cristiano Marte.

Con tan bravo furor se daba caza
Por nuestros caballeros y peones,
Que el campo raso se desembaraza
De los embravecidos escuadrones,
Quedando todavía por la plaza
De cuerpos muertos grandes los montones:
Penachos, dardos, lanzas, y no menos
De paveses caminos quedan llenos.

Conclusa la batalla, no sin lloro
De los que comenzaron las rencillas,
Revolviendo las plumas y el decoro
De indios que hicieron maravillas,
Descubrieron algunas joyas de oro,
Y de plata pequeñas campanillas,
Como de aquellas que por adornallos
Ponen en los bozales de caballos.

E un chiffe de plata fué hallado,
Que segun en labor era polido,
Por manos españolas fué labrado,
Con lo demás de plata referido;
Puso los españoles en cuidado,
Pensando de qué partes ha venido,
Mas yo bien creo que la plata era
De Ordás, Ortal ó Alonso de Herrera.

Fueron pues por entonces compelidos
A hacer en aquel lugar asiento,
A causa de soldados que heridos
Quedaron del rigor sanguinolento;
Y hasta los tener convalécidos
No prosiguieron su descubrimiento;
Y cazaban por esta circunstancia
Venados de que hay gran abundancia.

Yendo pues á cazar una mañana
Bonilla, San Martín, Rodrigo Infante,
Hijo de noble gente sevillana,
Y el Estéban Martín y un Fustamante,
Vieron atravesar por la zavana
Un indio poco menos que gigante,
De dardos y pavés aderezado,
Y con mujer y dos hijos al lado.

Baten las piernas luego por la plaza
A fin de tomar presa semejante;
El indio luego se desembaraza
Echando hijos y mujer delante,
Con animo de dar orden y traza
De los librar del riesgo circunstante;
Y ansi como leon ó tigre fiera,
En medio de aquel llano los espera.

Rodean todos ellos al desnudo,
Que solo, sin tener otra compañía,
Puso mano á los dardos y al escudo,
Y en detenellos él se dió tal maña,
Que sin la perturbar su mujer pudo
Tomar con los hijuelos la montaña,
Quedando por librar á su querida
En grandísimo riesgo de la vida.

Queriendo ir tras la feminea planta,
Como le perturbaron el antojo,
El brazo robustísimo levanta,
Y con aquella gran furia y enojo,
A Fustamante dió por la garganta,
Y al caballo de Infante quebró el ojo:
Roja se ve la tierra y el arena
Con el licor de la cristiana vena.

El indio todavía da corridas
Porque sus piés lijeros lo rescatan,
No teniendo mas puntas prevenidas;
Arremetieron pues los que combaten,
Y aunque le dieron dos ó tres heridas,
Arteaga rogó que no lo maten;
Al fin prendiéronlo, y aunque no sano,
En sus hombros pusieron al cristiano.

Al pueblo lleva pues el indio preso
Al que de muerte hizo ser captivo,
Y fué como si no llevara peso
Por ser de la manera que os escribo:
Llegó de desagrado ya tan lesado,
Que parecia mas muerto que vivo;
Al fin iba la vena tan rompida
Que con la sangre le huyó la vida.

El matador en miembros estremado
Andando con cristianas compañías,
O de ver su mujer desconfiado,
Por quien siempre crecian sus porfias,
O ya podria ser de mal curado,
En breve tiempo dió fin á sus dias;
Mas el ausencia siendo mal tan fuerte
Greyeron que fué causa de su muerte.

La gente peregrina y extranjera,
Viendo ya sus heridos cuasi sanos,
Prosiguen adelante su carrera
Hasta San Joan que dicen de los Llanos;
Cuyo lugar en la presente era
Conocemos poblado de cristianos;
Y cuando tracte deste reino nuevo
Terneis en él un apacible cebo.

Hallaron indios puestos en asecho,
Y ejército compuesto y ordenado,
De gran alteracion lleno su pecho,
Y á belicosos trances arronjado;
Pero para contaros este hecho,
Siéntome de presente fatigado;
Después lo contará mi baja lira
Sin autorizar brizna de mentira.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuentan los grandes recuentos que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino.

En guerras mucho vale la pujanza,
Do lo mas á lo menos señorea,
Porque notorio es que gruesa lanza
Al tiempo de romper menos blanda;
Pero ninguno tenga confianza
Hasta ya ver el fin de la pelea,
Pues acontece por alguna suerte
Lo mas flaco vencer á lo mas fuerte.

Esta verdad ejemplo fué patente
A questo que tenemos entre manos,
Donde la muchedumbre de la gente
De indios consumiera los cristianos,
A no hacerse lance conviniente
Por los pocos y flacos castellanos;
Porque de todos ellos hecha cuenta
Serian á lo mas ciento y cincuenta.

Y no podia bien ser numerada
La gente del ejército salvaje,
Pues la tierra tenían ocupada
Con determinacion y con coraje:
Pavés de manatí, lanza tostada,
Casco de duro cuero con plumaje,
Con dardos ó con flechas muchos dellos,
Y cornetas colgadas de los cuellos.

Escuadrones compuestos y ordenados,
Con varios instrumentos pungitivos,
Tan atrevidos y desvergonzados,
Que los quieren á manos tomar vivos:
Ya tienen á los nuestros rodeados
Por dar ejecucion á sus motivos;
El alemán recoge su bandera,
Animándolos bien desta manera: